

CHESTERTON, EN LA HISTORIA Y LA LITERATURA INGLESAS

por JOSE CONSTANTE BOLAÑO

Coronada a la edad de diez y nueve años, la Reina Victoria de Inglaterra ocupó el trono durante más de medio siglo. Al reinado victoriano lo caracterizó una visible inspiración imperialista, orientada por estímulos diversos. Entre las hazañas de mayor significación que la historia británica le abona, son tres los hechos centrales y definitivos: primero es la intervención de Inglaterra en la Cuestión de Oriente con su participación en la guerra contra Rusia en 1854 en el asunto de la península de Crimea, y en la que también intervinieron Francia, Turquía y Piamonte; después es la pacificación y dominio total, por parte de las tropas victorianas, de la tan famosa como terrible sublevación de los Cipayos en la India en 1857, en donde la crueldad llegó a extremos inauditos y en la que, al mando de Nana Sahib, los nativos lucharon valerosamente pero fueron al fin derrotados en los sitios de Delhi y de Lucknowen en 1858, emergencia durante la cual la audacia de la Reina se hizo dar por el parlamento londinense un Bill de Indemnidad que la proclamaba Emperatriz de las Indias; y, por último, aparece la Reina Victoria conduciendo a feliz término la guerra del Transvaal, provincia del Africa meridional que pasó en el año de 1900 a la condición de colonia inglesa y que es ambicionable por sus minas de oro y de diamante.

Pero lo que es evidente, de una evidencia sobre la que ya mucho se ha llamado la atención por conducto de voces autorizadas, es la marcada influencia victoriana en la arbitraria construcción de la historia de Inglaterra en el siglo XIX. En los años inmediata-

mente anteriores a la primera guerra mundial los orientadores de la vida intelectual de Gran Bretaña en sus tendencias más visibles eran Kipling, Shaw, Wells, Belloc y Chesterton, quienes en el fondo representaban la abolición definitiva de la era victoriana que, si había sido metódica, mezquina y satisfecha de sí misma en los mediocres, había sido en cambio, inconforme, rebelde y ansiosa de libertad en los hombres de más clara visión. Con la demolición del sentido victoriano representaban ellos la iniciación de la nueva era, del siglo XX rectificador, en que la rebelión se organizaba y adquiría fuerza estimulando la orientación de las masas ocultas y semi-ocultas. El huracán de la guerra arrasó, al fin y al cabo, el polvo y la sombra de la centuria XIX. De los escritores aludidos Kipling fue sin duda el único victoriano en teoría, pero bien pronto perdió toda influencia porque, habiéndose hecho tardíamente vocero del imperialismo, su ancho sentido humano lo llevaba a traicionar generosamente al estrecho ideal. Por otra parte, el culto del coraje que abrazaba el poeta de Bombay era ya apenas una fantasía literaria en los primeros años del nuevo siglo, y la guerra se encargó de matar el espejismo de gloria de la vida peligrosamente vivida. En cambio, Shaw, Wells, Belloc y Chesterton se convirtieron en atmósfera para Inglaterra, de tan habituales que se hicieron. Atmósfera pura y cálida, en la cual ya no había riesgo de desnudarse, ni siquiera sexualmente como los personajes de Joyce y de Lawrence.

Consecuente con su origen francés, en Belloc la elegante sobriedad, la adecuada precisión y la penetrante claridad son cualidades irreemplazables en las manifestaciones de la inteligencia. Su discípulo Chesterton, que es un inglés torrencial a la manera de aquellos de los buenos tiempos ya lejanos, maneja la inteligencia con cierto poder explosivo y abundante fertilidad. La alianza de los dos —el Chester-Belloc, como se les llegó a llamar— ha dado a Inglaterra profundas y saludables enseñanzas. Haciendo por ahora a un lado la investigación fundamental en materia religiosa con desembocadura en la verdad católica, por ellos realizada, sus tesis sobre el distributismo con propiedad en pequeño y trabajo en gremios, al estilo medioeval, es lo cierto que uno y otro han contribuido intelectualmente a una revisión de la historia, la economía y la política inglesa. En su responsable crítica de la estructura económica de la sociedad, Belloc y Chesterton tienen no pocos puntos de coincidencia con Wells y Shaw. “El horrible mis-

ticismo del dinero”, “El sistema capitalista consiste en dejar a la mayoría de las gentes sin capital; lo que llamamos capitalismo debería llamarse proletarianismo”, “El sistema industrial ha fracasado”, “La civilización industrial no es más que una calamidad de humo: como humo nos ahoga, como humo se desvanecerá”, son sentencias implacables de Chesterton estructuradas en diversas oportunidades y durante más de treinta años de incesante labor mental.

Pero es especialmente en la investigación histórica en donde Chesterton se presenta como uno de los renovadores que obligan a los ingleses a rectificar la falsa construcción del siglo pasado. En forma tan arbitraria como autoritaria la Gran Bretaña había sido clasificada entre las naciones típicamente germánicas, cuando en realidad es una de las naciones típicamente mezcladas. Había “razas” destinadas al éxito, y las había destinadas al fracaso. Entre estas últimas la “raza latina” y la “raza céltica”. Y veinticinco siglos de historia tienen esta explicación: “ligeros” triunfos de Roma, y triunfos de Italia, Francia y España, merced a la sangre bárbara que las vigorizó con nuevas energías.

Pero como el inglés era hombre de éxitos, era, en consecuencia, teutónico. Acaso no se pretendía que los griegos eran también germánicos de origen? Los escritores victorianos sometieron la historia de Inglaterra a las más extrañas contorsiones en su afán de probar la tesis teutónica. Como es un hecho que el país estuvo poblado por celtas y que durante cuatro siglos existió la influencia romana, era necesario hacer desaparecer a los celtas, latinizados. Con este propósito Juan Ricardo Green y Eduardo Agustín Freeman, entre otros historiadores victorianos, sostienen atrevidamente que los germanos invasores del siglo V limpiaron a Inglaterra de celtas, matándolos u obligándolos a huir hacia el país de Gales. Pero la aceptación de esta tesis supondría grandes movimientos de población, porque los invasores teutones habrían necesitado atravesar el Mar del Norte, no en reducidos grupos de piratas, sino en enormes masas humanas y en barcos como los trasatlánticos modernos. Por otra parte, la destrucción y el destierro de los celtas no se acomodan a las costumbres de aquellos tiempos, en que los enemigos llegaban fácilmente a un entendimiento y hacían vida en común sin mucho esfuerzo.

En el año de 1066 ocurre la conquista francesa, y Francia e Inglaterra quedan estrechamente unidas, hasta el extremo de que

el idioma francés se convierte en el oficial de los ingleses. Cuando en el siglo XVI vuelve a adquirir carácter oficial el inglés hablado, su vocabulario es francés en más de la mitad de las palabras. Como esta nueva romanización de Inglaterra fuera un obstáculo para afianzar la ilusión de la pureza de la raza, la tesis del origen teutónico de los ingleses, entonces los escritores victorianos acuden al recurso de sostener que como el jefe de la conquista francesa era Duque de Normandía, se trataba en esencia de una conquista estrictamente normanda. Pero resulta, sin embargo, que las tropas de Guillermo no eran en su totalidad normandas, pues abundaban en escala superior los picardos y angevinos. Y es así cómo después de la conquista, franceses de toda Francia, hasta de Provenza, se establecían en territorio inglés como en provincia de su propio país.

Pero para los historiadores victorianos aquellos conquistadores habían sido normandos, y éstos, según ellos, eran de ascendencia teutónica. Teutones acaso los burgueses de Ruán y de El Havre, y teutones Corneille y Flaubert? No, éstos no. Solamente los del siglo XI. “Los piratas escandinavos habían descendido sobre la costa normanda y la habían poblado”. Pero los piratas escandinavos eran reducidos grupos de guerreros que no lograron ni imponer su lengua, pues adoptaron la francesa, y se sometieron a la civilización de las gentes con quienes se mezclaron. Pero los escritores victorianos eran tenaces: “los conquistadores del siglo XI eran normandos, y los normandos eran teutones”. Con esta tan rotunda como peregrina afirmación, la ilusión de la pureza de la raza inglesa estaba sustentada. La que había salido mal librada era la lógica. Pero —diría Shaw— ¿qué tienen que ver los ingleses con la lógica!

En numerosos libros sistemáticos, tales como “Breve historia de Inglaterra”, “La Era Victoriana”, en ensayos cortos, hasta en novelas y cuentos como “El escándalo del Padre Brown”, Chesterton defendió con eficacia polémica la base latina, romana y romántica de la tradición y la cultura inglesas. Según él, nada tienen que ver en el problema los “elementos étnicos” en que afianzan sus insensatas tesis los historiadores victorianos, con su dezlenable mística de las razas, elevada a la categoría de teoría científica. La cultura es siempre producto del espíritu y nunca de la sangre. ¿Qué razón hay que autorice para buscar los orígenes de la cultura inglesa en la rudimentaria vida espiritual de los antiguos

labradores y de los marinos nórdicos, no importa que en parte se les tenga como precursores étnicos y lingüísticos, cuando la verdad irrefutable es que lo más puro del caudal de Inglaterra —religión, ciencia, arte, viajes— procede del Mediterráneo? Aún las mismas libertades modernas, las mismas instituciones representativas, que se tenían como originarias de la antigua Germania, encuentran su tradición en el Sur. Y es precisamente Belloc quien prueba que surgen donde menos influencia nórdica se vislumbra, pues florecen alrededor de los Pirineos, y más y mejor en la vertiente española que en la francesa.

La herencia del Mediterráneo se deriva de la antigüedad y de la Edad Media. Chesterton siempre estuvo presto a esclarecer nociones oscuras sobre la Edad Media, época de fe vigorosa, de acción y de canción, de trabajo creador y de creación bajo normas de disciplina. Buscando las fuentes de la cultura inglesa, encontraba a Roma, la cristiana y la pagana, como la montaña de donde descienden las aguas que bañan, fertilizándolo, todo el Occidente. De Roma partió Julio César a latinizar, y de Roma salió también el apóstol Agustín a cristianizar a Inglaterra, mediante la disolución del paganismo septentrional de los invasores del siglo V. Aún el mismo problema de la ruptura de Inglaterra con Roma en el siglo XVI fue afrontado con penetrante sagacidad crítica y segura cordura por Chesterton. El estudio del sistema dogmático del catolicismo lo indujo, paso a paso, a la convicción íntima y certera de que sólo en Roma se hallaba la solución para las contradicciones internas del sistema anglicano. Y en este sentido siguió el camino que antes había recorrido Juan Enrique Newman, el famoso cardenal inglés de la “Apología pro vita sua”. Así, primero se operó en Chesterton la convicción intelectual y, después, el acto ritual de la conversión. Pero, catorce años antes, había publicado “Ortodoxia”, como una definida y definitiva anticipación.

* * *

El mejor maestro de Chesterton en su interpretación de la historia y en la investigación religiosa fue Hilaire Belloc, pero su mayor guía en la retórica de la argumentación fue Bernard Shaw, a quien le profesaba admiración y afecto, con quien discutía a toda hora en público y en privado, y sobre quien escribió un libro denso y admirable. Del famoso humorista aprendió Chesterton el

arte de sacudir el entumecimiento mental del inglés medio, imprimiendo un aire de paradoja festiva a razonamientos serios y formales. Destructor implacable de prejuicios, batalló en defensa de las verdades ocultas o secuestradas. Infranqueable en su pasión por la lógica, sentía una profunda desconfianza ante quienes se atrevían a llegar al catolicismo de modo accidental o circunstancial, y no por la evolución natural y armónica de su pensamiento. Esta noble actitud se halla consignada en el ensayo "El escéptico como crítico". En la Iglesia Romana reconoció siempre la coherente tradición filosófica que defiende los derechos de la razón frente a la fe irracionalista de las iglesias septentrionales. Sólo cuando se dejaba arrastrar por analogías o imágenes, la lógica de Chesterton flaqueaba, así como la de Shaw se extravía cuando las obsesiones lo seducen.

Chesterton, un lógico apasionado, fue en grado elevado un poeta, es decir, un creador. Con la misma actitud caballeresca con que rindió culto a la poesía, se dedicó a la novela y al cuento. Tuvo asimismo afición por una de las formas literarias desdeñadas, "la que de las manos temblorosas de Poe cayó en las firmes de los comerciantes en palabras": el cuento policíaco. Al "detective" que participa en la investigación judicial de crímenes con el pedante aire de condescendencia de Brummel, lo trocó en el padre Brown, en quien el arte de descubrir las huellas del mal es como el imprevisible dón ornamental de una naturaleza humana dotada de fuertes y humildes virtudes. Y dentro del esquematismo de ajedrez que es habitual en esta clase de cuentos, abundó en hondo impulso vital, en aciertos humorísticos, en adecuadas perspectivas culturales. Chesterton, hombre fecundo y opulento, brillante y diestro en la historia, la crítica, la novela, el cuento y la poesía, escogió como su principal tarea la del ensayista. En esta faena aparentemente efímera labró páginas de calidad permanente, de una perfección imperecedera. Así el ensayo constituyó para él su batalla diaria, en la cual se jugaba a todas horas su vida, toda su vida espiritual, y en la que las derrotas no eran menos grandiosas que las victorias....